

Unamuno, el atípico.

Anna María Pont

*No me retengas, reflejo del río
No soy Narciso
(J. Guillén, Interior de Cántico)*

Al don Miguel del *yo soy especie única* hay que echarle el cable preciso para que nos salga justamente librado de inquina con que cierta crítica le ha tratado, la misma que nos ha escamoteado al otro Unamuno quijotesco y medio mártir a sabiendas, bastante más verosímil que aquel *chulo del espíritu*, déspota de las tertulias, histriónico rematado, maníaco ergotizante o soberbio impenitente... a secas, que nos han pintado. Porque confundir a estas alturas el meollo unamunescos con la leyenda del escritor atrabiliario y demás datos accesorios que le arroparan⁽¹⁾, es ya incurrir en grave falta.

Fachada y figurería han entrevistado los detractores de cortas miras en un Unamuno *cascarrabía*, en torno a quien *-había soltado en medio de la habitación su yo, como si fuese un omítorrinco*⁽²⁾. se apiñaban, no obstante, los más. Desde su *bilioso e incontrolado temperamento* -patografías hay a un paso, también, de la patochada...-, pasando por lo de su rencor retenido⁽³⁾, se le ha equiparado incluso con un rudo mozo de pueblo, *de los que apuestan a ver quién es más bruto*⁽⁴⁾. En efecto, muchos de tales juicios periféricos se obstinan en detectar en la ambigua *virulencia* unamunescas una mafeja o matonismo del todo improbables. No nos extraña, pues, que el impropio haya salpicado hasta lo más meritorio y desprendido de don Miguel: su ensayismo, desde luego tachado de *gripe intelectual* por tanta crítica impresionada por el fuego de artificio de la previsible *boutade* -ay, don Miguel, que por la boca muere el pez...- antes que por el sugerente alcance de una rebeldía, una voluntariedad -agresiva, a fin de garantizar el necesario dinamismo... mejor pecar por exceso que por defecto- bien manifiestas.

Claro que nuestro autor bien poco ponía de su parte para acabar con los malentendidos; quién sabe si, como el calamar, enturbiaba con secreto regocijo alrededor suyo las aguas, sabiéndose centro de polémicas, objeto de diatribas, y, además, inductor de curiosidades y admiraciones. Tanto es así que absurdo me parece concebir a Unamuno sin sus *prójimos en sociedad*, sin esos lectores sobre quienes, de algún modo.

ejerció su tutoría ⁽⁵⁾, bregando siempre por que de tanto artrópodo como había suelto emergiera el yo íntimo. En consecuencia, arremetía contra los *gregorios samsas* aprisionados en dura costra, pobres cangrejos que todavía le reprochaban - a él, precisamente, que aspiraba a *irles de frente y, si es posible, partirles por el eje, Es como mejor se les sirve* ⁽⁶⁾ - que se confiara al primero que llegaba, sin distinguir entre amigos y no amigos... A veces, seguro, debió flaquear don Miguel en su deseo de quebrar las cortezas ⁽⁷⁾ para que se derramasen los espíritus, a la vista de tanta insulsez como se palpaba en derredor: *acaba uno, en un acto de vigorosa reconquista vital, por recoger su yo exclamando: "¡imbéciles!"* ⁽⁸⁾.

Su tan cacareada soberbia tampoco podía ser de signo meramente egotista -a diferencia de ciertos coetáneos suyos, yoguis inexpressivos *que se duermen contemplándose el ombligo* ⁹ -, menos aún en alguien tan necesitado del otro - hasta para ser, puesto que ser, en Unamuno, es ser percibido por sí y serlo por otro- y tan, a la vez, auto-crítico de sí mismo. Apoyando este último aspecto, contamos con innumerables confidencias del autor, en las que se nos muestra ya severo -cuando en su etapa de destierro le asalta la desazón de estar representando el papel de Unamuno, se pregunta inquieto: *¿Y no estaré luchando, sombra adusta, contra pálida sombra de molino?* ¹⁰- ya indulgente para consigo:

Te creen un egoísta y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres a tí mismo -ahora lo estás haciendo en este soliloquio- y hablas de tí; pero es que ese tú de escribir es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas ⁽¹¹⁾.

(...) y luego hay otra cosa que me hace antipático, ya lo sé, y es mi falta de impersonalidad, lo incapaz que soy de hacer eso que llaman labor objetiva ⁽¹²⁾.

(...) ¿rabioso yo? Así Dios me perdone mis demás pecados; pero hombre más blando y más condescendiente dudo que lo haya ⁽¹³⁾.

No le hacía falta a don Miguel entonar paráfrasis del *Judica me, Deus*, ya que nadie como él para asumirse todo entero -aunque no siempre tomase los acuerdos por unanimidad (de sus yoes, se entiende)-, desatinos incluídos, a punto para contradecir, para retar al vecino o al mismo Dios -*Señor, no me desprecies y conmigo/lucha...* ⁽¹⁴⁾- para lanzar su opinión con ese desparpajo y pasión absoluta que sólo él sabía. Sentidor antes que intelectual, Quijote de causas perdidas en lugar de Narciso comodón, de Unamuno nos fascina sobre todo el nervio de su voz, la honradez que presentimos en el entusiasmo -o la violencia ¿qué importa?...- con que da rienda suelta a lo suyo. Un par de retazos pellizcados casi al azar bastarán para ejemplificar lo dicho:

Mi modo de escribir, así como quien habla o dicta, sin volver atrás la vista ni el oído, hacia adelante, conversaciones, en vivo, como hombre y no como escritor. No quiero que digan de mí que hablo como un libro (...) No quiero lascivias acústicas a costa del calor de lo dicho. Si eso es arte -que no lo es- me chiflo del arte y me quedo con la vida ⁽¹⁵⁾.

Es imposible que nos entendamos porque usted ama la vida y al ciencia, y yo, en el fondo, detesto a ambas. Y de los españoles modernos se me da un pito (...) Con tal de no estar parado, lo mismo me da ir hacia atrás que hacia adelante (...) lo único que de veras me preocupa es si nos morimos o no del todo ⁽¹⁶⁾.

¿Enfermo de mismidad, ansioso de predominio, ávido de inmortalidad hasta la irreverencia...? Algo de todo eso fue Unamuno, sin duda, en su asimilar la vida a una terquedad, trasmutando las creencias en querencias, oscilando entre la oveja que vuelve al redil -creo, tú a mi incredulidad ayuda ⁽¹⁷⁾- y el aprendiz de Luzbel -sufro yo a tu costa,/ Dios no existente, pues si tú existieras/ existiría yo de veras ⁽¹⁸⁾-. De hecho tuvo que crear otros entes que, además de no sobrepasarle en fama, le acreditaran como artífice imprescindible -¿remoto émulo de la divinidad, quizá...?--; ciertamente, Miguel devenía el único posible sustituto hasta en caso de que faltase Dios.

Sin embargo, su esforzada pelea interior y contra la Esfinge -no poniéndose a contarle las cerdas del rabo, sino encarándola audaz-, sin treguas ⁽¹⁹⁾, debiera suscitar nuestro mudo respeto cuando no nuestra afiliación, puesto que la desesperación en Unamuno estuvo siempre un punto por encima de la pose, de la súplica de atención, del prefabricado gesto hacia los demás. Y es que don Miguel de Unamuno y Jufo, ave sin nido y oso casero de su novia empecinada en refinar sus costumbres, no podía ser otra fantasía de ese pensamiento suyo que, como las úlceras, se devoraba a sí en su incesante labor de análisis. Intuía que la verdad radica en lo que nos hace vivir más que pensar; así para recordárselo -y refrescar, de paso, la memoria de la posteridad-, escribió en el velador de mármol de un café de provincia: *soy de carne* ⁽²⁰⁾.

Mas no era casual su rostro de *búho joven* -que decía Ramón-, ni la propensión a mirar de esclarecer los eternos problemas, a enzarzarse en problemáticos diálogos con las estrellas -*allende el infinito/dí, Aldebarán, ¿qué resta?* ⁽²¹⁾-. El desmesurado buitre de su *oscuro rincón* habría de ocasionarle más de un disgusto edípico ⁽²²⁾. Mientras tanto, un Unamuno receloso de que la nada fuera principio y fin de las cosas, seguía alimentando adrede el estruendo, los ríos de inquisiciones y los picotazos del desasosiego, con el inconfesable objeto de impedir que la cruda solución del enigma que ya se temía -el fantasma del silencio...- le cogiera desprevenido, indefenso. Bien le hubiera reprendido Chesterton, el dócil: *en tanto tengáis misterio, tendréis salud; si destruí el misterio creeréis en lo morboso* ⁽²³⁾.

Con todo, el don Miguel abocado al pozo sin fondo de su conciencia no se limitó únicamente a dejar caer un "yo" potente para escuchar cómo el eco se lo devolvía acrecentado ⁽²⁴⁾. De ningún modo. Fue el primero en percatarse del peligro de dejar a la razón funcionando sola en el vacío y a sus anchas, de cómo la mente busca lo muerto -pues lo vivo se le escapa, demasiado inestable para ella-, de que instaurar el reino absoluto de la idea conduce, a al larga, al suicidio.

El satánico yo es dañino mientras lo tenemos encerrado, contemplándose a sí mismo y recreándose en esa contemplación; así que lo echamos afuera y

lo esparcimos en la acción, hasta su soberbia puede producir frutos de bendición ⁽²⁵⁾.

Pero Unamuno no iba a dejar de jugar con fuego por ello:

Soy de un país de grandes jugadores de pelota y yo juego a la pelota con las ideas, por las que no siento respeto alguno! Cuando, a fuerza de pelotazos, reviento una, cojo otra. Lo que me importa es ejercitar mi espíritu, y mi lógica es la pasión ⁽²⁶⁾.

Su firme aversión a la pedantería -recordemos su sintomática renuncia a encasillarse en eruditas disquisiciones sobre la literatura helénica -aun cuando no hubiera contrincante a su altura, para este especialista en la materia- y, por qué no, aquellos *Apuntes para un tratado de cocotología* en que se mofaba de la jerga y aparato críticos, el orden mecánico, las notas, las notas a las notas...-, al pensamiento sin altura -o la pereza de sustituir un concepto por una frase perogrullesca o el socorrido lugar común-, a la *hojarasca*, no le libraron, no obstante, del innmercido reproche de un Ortega que sólo reparó en el *insensato* pelotari de las ideas:

porque los intelectuales no estamos en el planeta para hacer juegos malabares con las ideas y mostrar a la gente los bíceps de nuestro talento, sino para encontrar ideas con las cuales los demás hombres puedan vivir ⁽²⁷⁾.

Por partida doble le habría replicado don Miguel, defendiendo tanto la alocada legitimidad de jugar la inteligencia ⁽²⁸⁾ como la conveniencia de su propio y auténtico quehacer, del todo ajeno a la tentación de guardarse de por vida entre las bolitas de alcanfor de su presunta torre de marfil:

Pensar para sí mismo no es en rigor pensar, es perderse en vagas soñaciones, como el que se pasea por los bordes del sopor contemplando las espirales del humo del cigarro. Pensar es pensar para los demás; pensar es una función social ⁽²⁹⁾.

De nuevo la proclividad *tutorística*... Que no, desengañémonos de una vez para siempre: no es tal la supuesta egolatría unamunesca. Si hasta él fue una amenaza para sí mismo, un polvorín protátil ⁽³⁰⁾, una colección de furias indeterminadas que a la mínima podían desatársele. Unamuno sentía el aislamiento como una manquedad humana, de ahí que se aprestara, gustoso, a compartir con cualquiera los *nimbos* de sus intimidades -buitres, espejismos de esfinges, quijotadas, etc.-. Diríase que, en don Miguel, el crearse a sí pasa irremisiblemente por el imperativo categórico de la óptima comunicación -salvaguarda de las distintas entidades merced al mutuo reconocimiento-, jamás por la desidia de los *monólogos entreverados*.

Unamuno, el del confesionario a cuestas -que él mismo se había cortado a su medida-, mostró inagotable paciencia para con sus semejantes -igual que aquel dios que creó un mundo y criaturas en él que osaron poner en tela de juicio la magnanimidad del

artista...-, a los que terminó legando su yo -que no es poco y otras tantas pruebas -Salamanca da fe de ello- de que había sido.

Escaso favor le haríamos imaginándole eterno concursante de laberintos y círculos viciosos, vano Sísifo ajetreado. Quién sabe si no descartó -antes de que fuera demasiado tarde- la probabilidad de llegar a entenderse nunca y las subsecuentes muertes imperceptibles e insanos reconcentramientos que tal empresa le hubiese acarreado, optando, en cambio, por conocer lo que podía obrar y por obrarlo, ciertamente, como un Hércules. De manera que no nos ha fallado Unamuno más que con su marcha -un descuido, no una deserción... soñaba cuando ocurrió-, de la que nos queda el indicio de un hueco raro que exhala de bien, de voz, de entraña... aunque fuesen los suyos, o quizá porque lo eran. Al fin y al cabo, don Miguel, *ben fa chi fa. Sol chi non fa, fa male* ⁽³¹⁾.

NOTAS

- 1.- Como si Unamuno debiera, incluso, hacerse perdonar aquella su propensión a mantener las manos en constante actividad, no para crear inevitables universos pequeños y personales -el arte de las pajaritas de papel, los dibujos de ranas antropomórficas en las mesas de los cafés (junto a Ganimet), sus ansias de amenizar gráficamente la *Batracomimaquia*, las molestas bolitas de miga de pan, etc.-, sino por un muy prosaico temor al reumatismo articular.
- 2.- J.Ortega y Gasset, "En la muerte de Unamuno", en A. Sánchez-Barbudo, *Miguel de Unamuno*, Taurus, Madrid 1974, p.20.
- 3.- "Cuando intento leer sus libros, pienso que son una venganza contra algo que no sé lo que es" (P.Baroja, Memorias, en Marrero, *El Cristo de Unamuno*, Rialp, Madrid 1960, p.19)
- 4.- A.Regalado García, *El siervo y el señor. La dialéctica agónica de Unamuno*, Gredos, Madrid 1968, p.106.
- 5.-

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos si puedo (...) me ha sido preciso aparecer unas veces impúdico e indecoroso, otras duro y agresivo, no pocas enrevesado y paradójico (Unamuno, "Mi religión", en *Mi religión y otros ensayos breves*, Espasa Calpe, Madrid 1973, p.13)

(A los otros) los busco para luchar, no para vencer, y lucho para soportar la cruz de la soledad, que en la paz me aplasta el corazón. Y quiero que todos luchemos, porque de la lucha brota el amor (Unamuno, "De la correspondencia de un luchador", *Ib.*, p.27)
- 6.- Unamuno, "Soledad", en *Ensayos*, Aguilar, Madrid 1966, I, p.706.
- 7.- Yo, por mi parte, cargo contra la masa, cargo sobre la muchedumbre microcéfala y anónima. ¡Que me respeten! Así aprenderán a respetar a todo individuo, a respetarse a sí mismos como individuos (Unamuno, "A mis lectores", *Ib.*, II, p.586)

- 8.- Unamuno, "Divagaciones de estío", Ib., II, p.586.
- 9.- Unamuno, "Sobre la soberbia", Ib., I, p.636.
- 10.- Unamuno, De Fuerteventura a París, en A. Sánchez-Barbudo, Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado, Lumen, Barcelona 1981, p.178.
- 11.- Unamuno, "Soliloquio", Ensayos, op. cit., II, p.577.
- 12.- Unamuno, "A mis lectores", Ib., II, p.566.
- 13.- Unamuno, "Algo sobre la crítica", Ib.,II, p.1030.
- 14.- Unamuno, "Soneto XC", en J. Gomis, Tres poetas i Déu, Claret, Barcelona 1979, p.125.
- 15.- Unamuno, "Materialismo popular", en Mi religión y..., op. cit., p.152.
- 16.- Carta de Unamuno a Pitoyet, 09-05-1906, en M. García Blanco, En torno a Unamuno, Taurus, Madrid 1965, p.508.
- 17.- Unamuno, "Incredulidad y fe", en Unamuno, Antología poética, Alianza Editorial, Madrid 1981, p.41.
- 18.- Unamuno, "La oración del ateo", en J. Gomis, op. cit., p.121.
- 19.- Y aún me queda darle más vueltas y darme más vueltas yo. Que es lo que dicen que hacía San Lorenzo según se iba tostando en las parrillas de su martirio (Unamuno, Del sentimiento trágico de la vida, en Marrero, op. cit., p.219)
- 20.- C.París, Unamuno. Estructura de su mundo intelectual, Península, Barcelona 1968, p.384.
- 21.- Unamuno, "Aldebarán", en Gomis, op. cit., p. 141.
- 22.- Buen ejemplo del mal de pensar, estos versos unamunianos:
Raíz cúbica del ama
va buscando el infeliz;
no goza día de calma;
cayó al cubo su raíz
(Unamuno, en J. de Kock, Introducción al "Cancionero" de Miguel de Unamuno, Gredos, Madrid 1968, p.177)
- 23.- Chesterton, cit. en Marrero, op. cit., p.243.
- 24.- Ib., p.273.
- 25.- Unamuno, "Sobre la soberbia", Ensayos, op. cit., I, p.634.
- 26.- Carta a Pitoyet, 05-03-1906, en M.García Blanco, op. cit., p.588.
- 27.- Ortega, art. cit., en Sánchez-Barbudo, Miguel de Unamuno, op. cit., p.21.
- 28.- Los antiguos sofistas, los sutiles sofistas griegos, fueron grandes agentes de libertad mental; enseñaron a jugar con las ideas, a perderles el respeto; enseñaron que las ideas son para los hombres y no los hombres para las ideas -Unamuno, "Sobre la consecuencia, la sinceridad", Ensayos, op. cit., I, p.857-.
- 29.- Unamuno, "Soliloquio", Ib., II, p.576.
- 30.- ¿no crees, mi amigo, que hay por ahí muchas almas solitarias a las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revienten? (Unamuno, "Vida de Don Quijote y Sancho", Ib., I, p.76)
- 31.- Pascoli, "Il poeta degli iloti", cit. en García Blanco, op. cit., p.402.